

ALTAMIRA EN MEXICO (1945-1951) (Recuerdos de un discípulo)

JAVIER MALAGON BARCELO

Por circunstancias de la vida, entre otras cosas la de ser, tal vez, el único discípulo español (entre unos 30.000 refugiados) (1) que Don Rafael tenía en México, por un lado, y por otro la soledad en que, en general, vivían los exiliados personajes de la sociedad española, como consecuencia de que la gente tenía que luchar diariamente para «ganarse los garbanzos», unido a otros factores como la distancia en una «megametrópolis» (2) —que ya en aquel entonces empezaba a ser la ciudad de México— que contribuían a esa vida relativamente falta de compañía. Y ello me llevó a unirme al Maestro, más de lo normal, y a seguir aprendiendo de él.

Vivía en los Apartamentos Washington en la Plaza de Dinamarca, presidida en el centro por una estatua del «Padre de la Independencia de los Estados Unidos». La casa estaba amueblada como todas las viviendas del edificio, ocupadas en su mayoría por estadounidenses que estaban de paso en México por una temporada corta. El único vecino permanente en aquellos días era Don Rafael y su mujer Doña Pilar. Allí inicié mi contacto con el mundo anglo-

(1) El número exacto no se conoce pero esta cifra es la generalmente aceptada. Hay que tener en cuenta que (1) hubo una emigración directa a México y (2) no debemos olvidar que muchos fueron a otros países hispanoamericanos, y que por una razón u otra se establecieron más tarde, y definitivamente, en México. Se ha escrito bastante sobre el tema, tal vez el mejor estudio, sin duda, es el de Javier RUBIO, *La emigración de la guerra civil. 1936-1939*. Madrid Editorial San Martín, 1977. (3 vols.)

(2) En 1940 la cantidad oficial de pobladores de la ciudad de México era 1.757.503 y ocho años después se estimaba que había subido a 3.000.000. Hoy se calcula que llega a los 20.000.000 de personas.

americano como consecuencia de un hecho gracioso que le ocurrió a Don Rafael. Tomamos los dos el ascensor, —que él siempre utilizaba, no obsante vivir en el primer piso, pues estaba resentido de una fractura en la cadena ocurrida en el barco que le llevó de Europa a los Estados Unidos— ocupado ya por dos jóvenes americanas, quienes al entrar Don Rafael se le quedaron mirando fijamente y se dirigieron a él en inglés llamándole Mr. Shaw. Don Rafael les respondió diciendo que no era ningún Mr. Shaw, sino que era un español. Las americanas insistieron, «Mire Mr. George Bernard Shaw» —dando el nombre completo— «nosotros le tenemos gran admiración» (una de ellas explicó que estaba trabajando en su tesis doctoral sobre el teatro del gran escritor) «y sólo queremos hablar con Ud. cuando tenga tiempo. Comprendemos su interés en permanecer de incógnito y que para ello imite un acento extranjero al hablar...». Llegamos al portal y nos separamos pero estoy seguro de que aquellas «gringuitas» no aceptaron en ese momento que aquel señor de barbas blancas, alto y erguido, no obstante sus años, no era el dramaturgo de «compleja, rara y enigmática personalidad», y que su negativa a identificarse era una prueba más de la ironía y descaro que le caracterizaba. Más tarde Don Rafael me mostró un ejemplar de una revista alemana, creo que del **Allgemeiner Zeitung**, en que enfrentaba una fotografía de él, con otra del autor irlandés y realmente era difícil saber quieén era quieén.

Hice hábito de visitarle al salir del trabajo que tenía en el Archivo de la Embajada de España, en mi condición de miembro de El Colegio de México (3), donde seleccionaba, junto con el historiador catalán Josep M^a Miquel i Vergés, y la mexicana Enriqueta Lopezlira, los documentos de mayor interés para ser publicados en una serie relativa a las **Relaciones Diplomáticas Hispano-Mexicanas (1839-1898)** (4), es decir desde el reconocimiento de la Independencia hasta el término de la guerra contra los Estados Unidos. El edificio de la Embajada se encontraba (Londres, 7) a dos o tres «cuadras» o manzanas de la casa de Don Rafael y yo vivía (Guaymas, 11) a diez minutos o un cuarto de hora, andando, de su casa.

La zona en que residíamos, Colonia Roma, era un barrio de «refugiéremos» pues a más de él, en la misma plaza, habitaban los escritores Ceferino e Isabel

(3) El Colegio de México, originalmente «Casa de España» estuvo formado principalmente por una serie de exiliados españoles, ya con personalidad definida (Gao, Millares, González de la Calle...) o por gente que iniciaba su labor de investigación a nivel universitario. Tenía varias secciones pero las más importantes, en aquellos momentos, eran la de Historia, Letras y Filosofía. Ver José MIRANDA, «La Casa España» en *Historia Mexicana*, vol. XVIII, n^o 1. México, julio-septiembre, 1968.

(4) De ellas se publicaron cuatro volúmenes de «Despachos Generales», entre 1839 y 1848. Se dejaron preparados unos 14 ó 16 más (es decir copiados, confrontados y debidamente ordenados, pendientes solamente de *notas* y del *estudio preliminar*, que abre cada uno de los volúmenes). Se remitió al Ministerio de Asuntos Exteriores tanto la «documentación original» que se conservaba en la Embajada como el material (copias) mecanografiado, cuando se restablecieron las relaciones diplomáticas en los años setenta. Información facilitada por El Colegio de México.

O. Palencia; el historiador de la medicina German Somolinos quien tenía además su laboratorio clínico; y en el vecindario el cancerólogo Germán García, casado con Adela Barnés, hija del historiador que fue Ministro de Educación con la República; el General Juan Hernández Sarabia, mi jefe en el Ejército del Este y antiguo Ministro de Defensa... y en la casa en que yo vivía todos los vecinos menos el dueño, un «gachupín» catalán, éramos exiliados españoles. Este fue un fenómeno común de la emigración es decir casas o zonas residenciales en las que la mayoría de sus ocupantes eran refugiados (5). Como dice mi cuñada Mercedes, hija de Gili Gaya, «nos parecemos a ciertos pájaros, donde uno hace el nido le siguen otros para levantar el suyo».

Las horas de trabajo en México, en aquellos años eran muy similares a las españolas. Así, en la mañana se laboraba de 9 a 2 y por la tarde de 5 a 8; por lo general todos teníamos dos «chambas» (trabajos). Al salir de la Embajada, en la tarde, pasaba por casa de Don Rafael para hacerle compañía un ratito y para ofrecerle mis servicios por si tenía que hacer alguna gestión. Normalmente me encontraba con Doña Pilar y las hijas de ambos, Pilar, casada con un vasco, Justo Somontes, que creo había sido alcalde de Bilbao, y Nela, cuyo marido era el Dr. Victoriano Acosta el otorrinolaringólogo (6), quien atendió en alguna ocasión al rey Alfonso XIII, y cazador, en lo que fue compañero del monarca, como lo mostraba una fotografía, sino recuerdo mal, dedicada por aquél. Era Victoriano, también, tirador de primerísima calidad, y me atrevo a afirmar que en aquellos años se ganó todos o casi todos los premios y trofeos que se disputaban en México. En algunas ocasiones estaban además presentes uno o varios nietos, hijos de Pilar.

No obstante el quehacer diario, de tanto en cuanto aparecían por la casa gentes unidas a la familia Altamira desde España como la pedagoga Juana Ontañón, el historiador Francisco Barnés, el educador Luis Sanullano, el filólogo Urbano González de la Calle, entre otros, y amigos españoles de un lado y otro del Atlántico, como el poeta León Felipe, el jurista Niceto Alcalá Zamora (hijo), Carlos Prieto, uno de los propietarios de la Fundidora de Fierro de Monterrey... Durante una temporada un visitante asiduo fue el político socialista Don Indalecio Prieto, Don Inda, como familiarmente le llamábamos. Una de las razones era también la misma soledad que éste tenía, por la ausencia de coetáneos suyos. Y en aquellos tiempos se olvidó de Vizcaya para recobrar su condición de asturiano, y con D. Rafael encontraba la circunstancia de contemporaneidad de la Asturias en que nació y pasó los primeros años de

(5) Este fenómeno no fue excluido de los «inmigrantes políticos» sino que ya existía en la «antigua colonia». (En realidad se puede decir que se ha dado siempre como lo prueba, p. ej. en mi ciudad natal, Toledo, todavía hay como sobrevivencia medieval unos barrios con la denominación de «judería» y «morería») Véase M. KENNY, V. GARCIA y otros *Inmigrantes y refugiados españoles en México. (Siglo XX)*. México, Edic. La Casa Chata, 1979.

(6) Ver José CUELI. Ciencias médicas y biológicas» en *Exilio Español en México*. México, Salvat & Fondo de Cultura Económica 1982. p. 502.

su vida. D. Inda era un hombre amable, sencillo y bondadoso, aunque a veces presumía de «terrible». Conversador único, era un placer escucharle, tanto para D. Rafael como para mí. Por él conocí un mundo del que había oído hablar a terceras personas, pero no a actores o espectadores, de los sucesos que narraba. Recordaban tanto D. Rafael como él (?) la Universidad ovetense; la extensión universitaria; figuras como las de Alas, Adolfo Posada, Sela, Buylla, Melquíades Alvarez, Canellas...; el problema de los emigrantes asturianos a las Américas que en lo que se refiere a México constituyen un grupo bien definido; o a recorrer mentalmente la región asturiana, sus ciudades, aldeas, paisajes, romerías, gentes y rincones, así como para Prieto, los restaurantes que conocía muy bien. La política en la que tanto D. Rafael como D. Inda habían participado desde fines del siglo pasado y en los años de la República era otro tema de conversación, en la que se discutía lo que España debía hacer en América tanto en la hispánica como en la anglosajona, ya que recordaba D. Rafael que gran parte de su historia —aunque se oculte— era común con la nuestra. Prieto conocía como pocos, los años de la República, incluso sus entretelas (7). La primera vez que hablaba de ello, estando yo presente, se me quedó mirando y después se dirigió a D. Rafael para preguntarle si su «alumno era discreto». No tenía nada de particular esta pregunta, pues él me había conocido en casa de D. Rafael, y todo lo que sabía de mí era mi condición de exiliado, y que —por haber surgido ocasionalmente en la conversación— había estudiado con Besteiro, en el Preparatorio, y con D. Fernando de los Ríos en el Doctorado y que había sido compañero y amigo entrañable del penúltimo Presidente de la Juventud Socialista, Pepe García, en el Instituto de Toledo y en la Residencia de la calle Pinar (8). D. Rafael le contestó que estuviera tranquilo, pues respondió de mí. Continuó contando cosas, D. Inda y, de pronto me interrogó: ¿Ud. no piensa escribir memorias? Le respondí que no y quedó tranquilo para siempre, ya que en otras ocasiones volvió a narrar aspectos confidenciales de sus actividades políticas, sin mostrar la menor preocupación de que le escuchara alguien más que su viejo amigo.

D. Rafael recibía también visitas esporádicas de algún mexicano como Don Alfonso Reyes o colegas suyos de la Facultad de Derecho en la que dio un curso sobre «La costumbre jurídica en la colonización española»; de alumnos suyos mexicanos, en España, como Raúl Carrancá o Silvio Zavala quienes disponían de poco tiempo pues p. ej. a este último, la dirección del Museo de Historia del I.P.G.H., y su curso anual en el Colegio Nacional no le dejaban un

(7) En parte, lo son sus artículos que publicó durante el exilio en diversos periódicos y revistas, son «trozos» de memorias de su vida. *Convulsiones de España. Pequeños detalles de grandes sucesos*. (3 vols.) México, Oasis. 1967, 68 & 69; *Palabras al viento*. México, Oasis, 1969; *De mi vida. Recuerdos, estampas, siluetas, sombras...* (2 vols.) México, Oasis, 1970.

(8) Javier MALAGON BARCELO. «Pepe García y García (1911-1936)», en *Historia Menor*. México, Secretaría de Educación Pública, 1976 (Colec. Sep-Setenta, num. 239) pp. 121-128.

momento libre. También en alguna ocasión iban a verle personalidades como Jaime Torres Bodet, Secretario de Estado de Educación.

Para los historiadores estadounidenses que viajaban a México, la visita al HISTORIADOR — con mayúsculas —, era poco menos que un deber y así allí estuvieron Charles Griffin, del Vassar College, quien había vivido en Madrid y en alguna ocasión asistió a las clases de D. Rafael; Arthur Whitaker, Miembro de los E.U. en la Comisión de Historia y a la que tan unido estaba D. Rafael; Lewis Hanke, de la Library of Congress en la que dirigía la Fundación Hispánica creada con la ayuda económica de Huntington, amigo y admirador de D. Rafael y de quien mandó pintar un retrato que hoy se conserva en la Hispanic Society en Nueva York; Clarence Haring, profesor de Harvard, Charles Fash de The Rockefeller Foundation..., y algún «postgraduado» que por consejo de su director de tesis iba a consultar sobre determinados puntos con el Maestro español del americanismo.

En una ocasión me contó Don Rafael que alguno de esos estudiantes le llevaban una lista tan larga de problemas que se quedaba «con la impresión de que quieren que casi les haga la tesis». Otros iban a verle por pura admiración y poder decir al regresar a su Universidad «me recibió el Dr. Altamira y hablé con él», y finalmente los que pensaban escribir algo sobre él, como historiador, novelista, jurista o Altamira, el hombre, como fue el caso de James McNally, quien estudió en su tesis doctoral a «Rafael Altamira y Crevea. The Man and His Influence», que ya fallecido Don Rafael me dio a leer y no sé, mejor dicho, no creo que haya sido publicado.

Cuando había reunión de la Comisión de Historia del I.P.G.H. en México, sus Miembros no dejaban de hacer una escapada del trabajo para charlar aunque fueran unos minutos con el historiador de España, y por lo tanto de América, «ya que ésta era parte de aquella», como decía Don Rafael. Así pasaron, entre otros, por los Apartamentos Washington, Ricardo Donoso y Eugenio Pereira de Chile, el Gral. Chiriboga de Ecuador, Pérez Cabrera, Ministro de Educación y Santovenia, Ministro de Estado, ambos de Cuba, el Embajador, Rafael Heliodoro Valle, de Honduras, quien le había conocido como estudiante cuando Altamira visitó México a principios de siglo.

La Comisión de Historia fue en parte obra suya pues la organizamos y la dirigimos durante ocho años desde su creación, dos de sus discípulos y, como consecuencia, le consultamos frecuentemente, por su experiencia en el campo internacional (9), los proyectos y planes para dicha Comisión. A la sesión

(9) Desde sus años de Oviedo estuvo interesado y participó en el ámbito internacional. Fue Presidente del Instituto Iberoamericano de Derecho Comparado, miembro del Centro Cultural Hispano-Americano y de otra serie de organizaciones tanto de ámbito Iberoamericano como mundial; participó en el Congreso de Bruselas en el que se estructuró la que sería la Sociedad de

constitutiva (Octubre, 1974), asistió él junto con Bosch Gimpera y Miquel i Vergés, en calidad de representantes Observadores de España (10), (no se olvide que para México no había oficialmente otra España que la del Gobierno de la República). En esa reunión, en la que se aprobaron diversas Resoluciones, las relativas a la Historia de América y a la enseñanza de la Historia, nacieron de propuestas de él. Por su parte la Reunión acordó rendir homenaje «Al historiador español Dr. Rafael Altamira, en reconocimiento de su obra americanista» (11). Poco tiempo después se le otorgó el Premio que se adjudicaba «a aquellos historiadores de temas americanos que por la importancia de su obra cualitativa y cuantitativamente considere [la Comisión], merezcan por justicia y como estímulo tal reconocimiento expreso» (12). Único, a mi entender, que se ha concedido hasta ahora. En una ceremonia simple, pero emotiva se le entregó un pergamino, iluminado por un español, firmado por todos los Miembros de la Comisión.

Recibió, así mismo, otros homenajes, que empezaron con el que le rindió la Universidad Nacional Autónoma de México nada más llegar al país; poco tiempo después se reunió con un grupo de admiradores y amigos españoles y mexicanos en el restaurante Chapultepec para estar simplemente «junto a él y oírle hablar de tantas cosas que conocía y había vivido». Cualquier ocasión era buena para rendirle pleitesía: al cumplir los ochenta años, (y que por cierto nunca ocultaba la edad, sino que presumía de ella diciendo «y que lo puedo contar que son muchos los que han quedado en el camino...») nos reunimos en uno de los salones de «Bellas Artes», lleno hasta los topes y en el que hablaron el ex-Presidente de México Lic. Emilio Portes Gil, el Presidente del Gobierno en el exilio Alvaro de Albornoz, el Embajador de España, Luis Nicolaou D'Olwer... elogiando la persona y obra de Don Rafael, recordando que, distanciada España de las Naciones Hispanoamericanas, como consecuencia de la guerra de Independencia de Cuba, fue él, quien restableció el diálogo —con su viaje de 1909 y 1910 por gran parte del Continente. Norte y Sur— entre unas y otras, diálogo que fue adquiriendo una cordialidad y confianza que nunca debieron perderse. El Ateneo Español en México tuvo una sesión de homenaje, transmitida por televisión, al «gran español» y así fueron realizándose otros, por grupos mayores o menores de residentes en la ciudad: los valencianos, los asturianos... y hasta fechas íntimas y familiares como sus bodas de oro con Doña Pilar fueron pretexto para obsequiarle y reunirse con él.

Naciones, más una serie de reuniones internacionales. Nombrado del Comité de Juristas participa en la redacción de los Estatutos del Tribunal Permanente de Justicia Internacional del que se convertiría en Magistrado desde el momento que este inició sus labores hasta los años cuarenta. Su consejo fue para nosotros de un valor incalculable y se refleja en casi todas las normas que se dieron para el funcionamiento de la Comisión de Historia.

(10) «Instalación de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia». *Revista de Historia de América*. núms. 23, México, Junio, 1947. pp. 131-133 y 24, Diciembre, 1947. pp. 343-381.

(11) *Revista de Historia de América*. núm. 24, México, Diciembre, 1947. pp. 365.

(12) *Idem Id* núm. 27, Junio, 1949.

En esa ocasión nos contó que el día de su matrimonio, cuando ya tenía el cabello y la barba blancos al salir de la iglesia, comentó uno del público «mira ese viejo casándose con una joven tan guapa». Se llevaban tres o cuatro años.

No recuerdo cuándo ni cómo, pero creo que en una ocasión en que se hablaba sobre el reconocimiento que venía recibiendo de México, desde su viaje en la primera década del siglo, se señaló la conveniencia de que no fuera sólo o principalmente ese país, que le dio asilo en los años cuarenta, el que lo honrara y como consecuencia homenajeara a Don Rafael. Su obra no era destinada a un solo país o grupo de países sino que transcendía y beneficiaba a todas las naciones del mundo contemporáneo y por ello pensamos que el Premio Nobel de la Paz era el que merecía, ya que Don Rafael tenía méritos más que suficientes para obtenerlo (simplemente por su obra en la creación y organización de la Corte Internacional de Justicia), mucho más que otros que lo habían recibido. Estudiamos las normas para la propuesta y le pedimos al Lic. Isidro Fabela, Magistrado del Tribunal Internacional de la Haya y quien se había distinguido por su ayuda a los exiliados que, si él coincidía con nuestro juicio, ¿estaría dispuesto a presentar la candidatura? La respuesta no se hizo esperar y hecha la petición con todo cariño y debidamente razonada, había que solicitar adhesiones y respaldo a ella. Pusimos manos a la obra escribiendo a las universidades, Academias de Derecho, y de Historia, etc. Pronto empezamos a recibir copia de las comunicaciones que se habían remitido al Comité del Premio, en el Parlamento de Noruega, todas respaldando con el mayor entusiasmo y cariño a Don Rafael. Procedían no sólo de las naciones iberoamericanas, sino también de los Estados Unidos, Francia, Yugoslavia, Inglaterra, Bélgica y Holanda... (13). Hicimos averiguaciones y al parecer se consideraban excelentes las posibilidades de que el Premio fuera otorgado a Don Rafael. Por desgracia no se plasmó en realidad, pues casi seis meses antes de la concesión le sobrevino la muerte.

Normalmente, en mi visita diaria hablábamos de diferentes cosas pero entre otras de los trabajos que él tenía en marcha, y alguno de los cuales editaríamos en la Comisión de Historia (14). En los últimos años salía cada vez

(13) A Don Rafael le hacía una gran ilusión el Premio Nobel, «no por mí, sino para que no se olvide que España ha luchado por la Paz en el pasado y en el presente. Al fin y al cabo un español, Fray Francisco Vitoria es el fundador del Derecho Internacional». Cuando yo iba por la casa le llevaba copia de las respuestas de apoyo que íbamos recibiendo. Supongo que la documentación sobre esta actividad debe conservarse en la Comisión de Historia de I.P.G.H. que era adonde llegaban las respuestas. Yo al menos la fui reuniendo en mi condición de Secretario Adjunto de dicha Comisión. Véase la relación de los escritos sobre esta preocupación en Vicente RAMOS. *Rafael Altamira*. Madrid, 1968 pp. 286-287.

(14) «Los Cedularios como fuentes del conocimiento del Derecho Indiano» *Revista de Historia de América*. num. 19, Junio, 1945; «penetración del Derecho Castellano en la Legislación Indiana» *R.H.A.* núm. 23; *Manual de Investigación de la Historia del Derecho Indiano* (2ª edic. 1948); *Contribución a la Historia Municipal de América* (en colaborac. 1951), y *Diccionario Castellano de palabras jurídicas y técnicas tomadas de la Legislación Indiana* (1951).

menos de su casa, por lo cual me pedía que le completara, confrontara o consiguiera algún dato que necesitaba para finalizar un determinado estudio, ya que su biblioteca personal era reducida y se componía principalmente de libros que había conseguido en sus años de México, o de obras que le remitían los autores desde diversos lugares del Continente — muchas literarias— y de boletines y publicaciones de la Corte Internacional de Justicia que había traído consigo o que seguía recibiendo en su condición de antiguo Magistrado de la misma.

Su vida, no obstante la presión del trabajo y de las atenciones que recibía, era totalmente ordenada. El día para él empezaba a las nueve de la mañana, repasando la prensa y planeando las tareas de la jornada. A eso de las 10 se ponía a trabajar en el pequeño despacho que tenía, atendiendo primero a la correspondencia relativamente numerosa, la que respondía de puño y letra. A continuación volvía a los manuscritos (en el sentido literal de la palabra) de alguna de las obras que tenía en el telar, dando prioridad de acuerdo con una relación de importancia que había preparado. Durante varios años hasta poco antes de su muerte la tuvo el **Diccionario de la Legislación Indiana**, que por desgracia no pudo ver totalmente impreso. Interrumpía este orden con cierta frecuencia, para atender a alguna colaboración menor, como un artículo para un periódico o revista, tanto profesional como comercial, o bien algún prólogo, generalmente de alumnos suyos (p. ej. el de Arcilla Farfás, **Economía colonial de Venezuela** (15), o de alumnos de sus discípulos, como el de Pedro Mir, **Tres Leyendas de Colores**, (16) uno de los estudiantes que asistieron a mis clases en la Universidad de Santo Domingo (en ellos generosamente presentaba «al autor primerizo en el mundo de la República de las Letras»), y a veces obligado por apremios editoriales, como **Cartas de Hombres** (17) o la nueva edición del **Manual de Historia de España**, (18) (1946) que sería editado poco después en versión inglesa, en los Estados Unidos (1949) (19) o bien por la preparación de un texto para una conferencia o, finalmente, palabras de agradecimiento para uno de los numerosos homenajes que le tributaron en sus años de México. Suspendía brevemente el trabajo poco después del mediodía para tomar café, y continuaba leyendo o escribiendo hasta la hora de comer. En esta parte del día solía ir por el Apartamento, su hija Nela, quien vivía en los alrededores, para atender a Doña Pilar o

(15) México, Fondo de Cultura Económica, 1946.

(16) El ms. de Don Rafael fue entregado al autor en 1947, pero el libro se imprimió más tarde con cambio de título. El autor, Mir, en aquellos días estaba viviendo en México como exiliado de la dictadura que existía en su país, la República Dominicana. Publicado en 1969 con título *Tres Leyendas de colores*. Santo Domingo, Editorial Nacional.

Don Rafael da como fecha 1944 y publicado en Lisboa. En algunas bibliografías el año de impresión es el 1945 y en Coimbra. Yo tuve el libro, pero no lo he podido consultar por haberlo remitido la Biblioteca Pública de Toledo.

(18) Editorial Sudamericana, 1946.

(19) Se tradujo por Muna Lee y el editor fue D. Van Nostrand Company, New York, 1949.

ayudar, en cualquier necesidad de la casa, o, en cierto sentido, a su padre, haciendo las veces de secretaria. En pocas ocasiones salía por la mañana, salvo para dar sus clases. Después de la comida, a una hora «mestiza», ni mexicana ni española, solía descansar un rato en un sillón que ya era parte de su persona, y reiniciaba el trabajo hasta las seis o las siete en que aparecía algún familiar y de tanto en cuanto una visita. Si estaba solo solía oír música de una estación de radio que se llamaba de la «Buena música». Después de la merienda-cena, típica de México, repasaba la prensa de la tarde. Acostumbraba acostarse temprano, como a las once y según me comentó, dormía bien y de un tirón.

De vez en cuando, los fines de semana marchaba a Cuernavaca, ciudad semitropical a unos setenta kilómetros de México, donde Nela tenía una casa. Allí podía reunirse con un grupo relativamente numeroso de viejos amigos —contemporáneos de él— y jóvenes de la edad de sus hijas. Cuernavaca no sé porqué, ejerció, y digo ejerció ya que pocos quedan de los primitivos propietarios de casas, una atracción, concretamente en los universitarios españoles (Giral, Barnés, Cabrera, Germán García...) no obstante los consejos contrarios del Director del Instituto de Cardiología Dr. Ignacio Chávez, que consideraba peligroso subir de los 2.200 mts. de la ciudad de México a los 3.100 de las cumbres de las Tres Marías para bajar a los 1.000 ó 1.100 en pocos minutos. Era un lugar muy concurrido.

Cuernavaca vino a ser un sustitutivo de la Sierra, en Madrid, en la que se encontraban una serie de gentes que habían dejado los problemas y preocupaciones al emprender el viaje y los dos días alejados de la gran ciudad —fuera México o Madrid— eran de tranquilidad gozando la vida junto a los seres queridos, familiares y amigos.

Que yo recuerde, en los años que residió en México —salvo estas escapadas— no salió de la ciudad y eso que le llegaban invitaciones para visitar Monterrey, Guadalajara, Mérida, Veracruz... o del exterior procedentes de La Habana, Santo Domingo, Caracas, Lima, Buenos Aires y aun de los Estados Unidos. Dentro del propio México, como hemos señalado, sólo salía para atender sus compromisos universitarios y ocasionalmente para comer en el restaurante «Prendes», cuyos propietarios eran españoles —creo asturianos— que estaba situado en el centro de la ciudad.

Por ser el Maestro Altamira, en parte historia de México por su amistad con Don Justo Sierra, pudo liberarse de los problemas que todos los exiliados tuvimos —problemas burocráticos menores— ya que iba a su domicilio un empleado que completaba el «machote» (formulario) o le traía el documento que debía firmar.

Esto no ocurrió cuando quiso hacer testamento, porque como él decía el último que había otorgado era de muchos años atrás; las circunstancias habían variado tanto en el orden material (parte de sus bienes, según contaba, le habían sido incautados) como en el personal. Además se preparó en España y estaba preocupado con las posibles dificultades que pudieran tener sus parientes, concretamente Doña Pilar, el día que trataran de ejecutarlo, pues estaba convencido, como así fue, de que él moriría antes que ella: «Yo soy más viejo que Pilar», afirmaba. Buscó para el acto de testar que todos los que participaran, notario, testigos y albacea hubieran sido alumnos de él. Efectivamente fuimos a casa del Notario Lic. Cosío, y allí dictó su última voluntad. Entre otras cosas dejaba sus libros y papeles al Instituto de Segunda Enseñanza de su ciudad natal, Alicante. Actuamos de testigos el Dr. Raúl Carrancá Trujillo, mexicano, que estudió en Madrid, y fue pasante en el despacho de Alcalá Zamora y luego en México juez (como tal le tocó instruir la causa seguida al asesinato de León Trosky) y yo. Cuando hubo que nombrar albacea dio mi nombre Don Rafael, pero yo le propuse que fuera otro alumno, Silvio Zavala, quien por razones personales había tenido que salir de México y establecerse temporalmente en París. Aceptó mi propuesta pero con unas cuantas objeciones. Terminada la ceremonia nos fuimos a comer a su «Prendes». (20)

La vida de Don Rafael continuó dentro de su rutina y no volvió a sufrir ninguna pulmonía (en los primeros tiempos tuvo varias, una doble) que gracias a la penicilina y a su fortaleza venció sin dificultad. Su yerno el Dr. Acosta, me contó que declarada la primera pulmonía los médicos «le dábamos por muerto debido a la edad y altura de México», pero la sorpresa fue que, gracias al tratamiento y a su salud, cuando lo visitaron a la mañana siguiente estaba tranquilamente desayunando y tateando trozos de ópera, a la que era tan aficionado.

En México, como es sabido, se reunió el mayor grupo de universitarios españoles de los que salimos al exilio. Desde el principio de la llamada «guerra civil» se vio que los profesores universitarios eran tal vez uno de los grupos de la comunidad profesional más perseguido por el bando que se oponía a la República, siendo varios de los catedráticos ejecutados y encarcelados. Ello llevó desde el primer momento de la «diáspora» a crear un «escalafón», como lo llamó Ruiz Funes, de profesores universitarios fuera de España agrupados en la Unión de Profesores Españoles Universitarios en el Extranjero (UPEUE). Se

(20) Quería que todos los que participáramos estuviéramos en México. Alegué a más que yo estaba junto a él cada día y por lo tanto sería la persona que mejor me ajustaría a su voluntad pues incluso conocía perfectamente cómo se habían originado cada una de las cláusulas del testamento; que era joven y que vería el fin del régimen que dominaba en España y que por lo cual podría discutir en Alicante aspectos del mismo. Apoyando mi propuesta alegué 1º que la ausencia de Zavala era ocasional; y 2º que como mexicano podía ser útil en ciertos momentos de la ejecución si había que discutir con las autoridades del país.

eludió la palabra **exilio** pues era el proyecto de que a ella se incorporaran también los diversos profesores que desde años residían fuera de España, (por ejemplo Federico de Onís que enseñaba en Columbia University). Se constituyó en París en 1939 y fue su primer Presidente el Dr. Gustavo Pittaluga, catedrático de Parasitología de la Universidad de Madrid. Trasladada la sede a México, es elegido Presidente de la UPEUE, Don Rafael, en 1945 (21). Formaban parte de la Junta Directiva, nueve rectores y vicerrectores de distintas universidades: Giral, Gaos y Cabrera (Madrid), Bosch Gimpera (Barcelona), Puche (Valencia), Otero (Granada), Ruiz Funes (Murcia); como delegado en la Argentina estaba Sánchez Albornoz y entre sus miembros figuraban varios Decanos o habían estado otros Rectores que fallecieron en el destierro, como Serra Hunter de Barcelona. Don Rafael fue elegido por unanimidad por más de trescientos miembros que eran parte de la Unión (no se olvide que de un escalafón de Catedráticos de alrededor de 600 aproximadamente, la tercera parte o más se exilió y a ellos hay que añadir los profesores auxiliares y los ayudantes). Llevó adelante la labor que había predicado desde su primera visita al Continente Americano, es decir, colaborar lo más estrechamente posible con todas y cada una de las universidades de ese lado del mundo, pues consideraba que el esfuerzo común y por lo tanto la unidad de trabajo daría a la larga resultados positivos tanto para España como para América. En esta política estaban incluidas las universidades al Norte del río Bravo, ya que si por razones de su origen eran en parte anglosajonas no había que olvidar su establecimiento en territorio descubierto en casi su totalidad por súbditos de la Corona española y colonizado en nueve décimas partes, de lo que es hoy Estados Unidos, como lo prueban los restos de las primeras ciudades o las que han sobrevivido hasta nuestros días, como San Agustín, en Florida, Santa Fe, en Nuevo México etc.

Fueron para mí tiempos de colaboración íntima con el Maestro, pues fui elegido Secretario General de la asociación, a mi entender por tres razones: mi juventud (1), tenía 34 años; por haber sido Delegado de la Unión en Santo Domingo, y sobre todo mi estrecha amistad con D. Rafael y la devoción que sentía por él. Como Presidente fomentó las conferencias de sus miembros ya en México o en otros lugares, consiguió que se invitara a los Miembros a dar cursos o cursillos en distintos Centros de Altos Estudios; continuó la publicación del **Boletín** (22) que se había iniciado en 1942, consideró importante proveer, por así decir, de «credenciales» de la condición de profesor universitario a todos aquellos (principalmente a los auxiliares y ayudantes) que por una razón u otra les pedía el centro en que enseñaban o que les pensaba contratar.

(21) Esta información ha sido confirmada recientemente por Francisco Giral quien conserva parte del archivo de la UPEUE, así como los libros que en su día se proyectaban entregar a una biblioteca universitaria, publicados por miembros de la Unión.

(22) En forma alterna los números del *Boletín* iban encabezados por el escudo de una Universidad española y el de otra Hispanoamericana.

La firma de Don Rafael era una garantía por su prestigio, y era tan aceptada o más que la que pudiera dar un Ministro de Educación.

Transcurridos los primeros años de la emigración, el régimen que imperaba en España se dio cuenta del desprestigio que le ocasionaba el éxodo de gran parte de su profesorado universitario, entre ellos los hombres de más valor, debido a la falta de libertad política y por lo tanto cultural.

En consecuencia dio un giro de 360° y trató por todos los medios de atraerlo a su campo. Así se daba el caso de que cuando la mujer de un profesor que por primera vez visitaba a sus familiares en España, al salir le estampaban en el pasaporte una advertencia más o menos en estos términos: «No podrá regresar si no viene acompañada de su marido»; y el propio Don Rafael recibió una comunicación de la Academia de la Historia en la que le decían poco más o menos que estaba cesado como Académico de número, pero que recuperaría esta condición tan pronto regresara en un plazo determinado. Naturalmente, ni siquiera respondió. Pero ahí no termina, pues en otra ocasión me mandó que fuera a su casa a una hora determinada, ya que tenía anunciada una visita. Se trataba de un antiguo alumno que en aquel entonces era catedrático de la Universidad de Oviedo. Don Rafael lo recibió con gran cariño y hablaron de lo divino y humano, pero pasaba el tiempo y se veía que el visitante no se atrevía —por estar yo presente— a cumplir el encargo que le habían confiado. D. Rafael le instó a que lo hiciera, pues mi presencia no era casual, él me lo había pedido. El visitante, haciendo de tripas corazón empezó por decirle que ya no había persecución en España contra los intelectuales y, en pocas palabras, que «le pedía en nombre del gobierno que regresara a su patria». Don Rafael, con cara seria pero al mismo tiempo con cierta sonrisa, le contestó: «Sabía para lo que Ud. venía y siento sinceramente que haya actuado de mediador en esta gestión, pero yo salí por una causa y esa continúa, si quieren que yo regrese a España —y no sabe las ganas que tengo, pues entre otras cosas quisiera morir allí— diga a quienes le han mandado que devuelvan la libertad al pueblo español, y no sólo yo sino todos los que estamos en el exilio retornaremos felices a nuestra tierra». El visitante se sonrojó, hablamos de las bellezas de México y al poco rato se marchó. Esto debió ser en el año 1948, y en 1950 en ocasión de la petición del Premio Nobel para Don Rafael, llegó una comunicación de una universidad, en respuesta a una carta nuestra en la que nos decía que no podía respaldar dicha petición por estar el candidato fuera de España. Curiosamente la Universidad de Sevilla la apoyó uniéndose a las numerosas instituciones patrocinadoras. El dramaturgo Jacinto Benavente amparó, en su condición de Premio Nobel la propuesta y escribió una carta a Don Rafael cariñosísima —habían sido buenos amigos— expresando su inmensa satisfacción por las gestiones encaminadas hacia tan merecido honor.

Alejado de España, el Maestro no la olvidaba, así como tampoco a su tierra chica, Alicante, las vivía a diario ya en la conversación o en las lecturas y re-

cordaba a sus discípulos entre ellos a su auxiliar, Santiago Magariños (23) —que al fin se exilió en Venezuela— y al ayudante de cátedra, Juan Manzanedo, (24), que en aquellos momentos era Catedrático en la Universidad de Sevilla. Mantenía correspondencia con ellos, los nombraba en sus conferencias, y cuando venía el caso en sus publicaciones e incluso reseñó un libro de uno de ellos. Otra de las personas que recordaba con verdadero afecto era también el Catedrático de la Universidad de Sevilla, Manuel Giménez Fernández, con el que intercambió trabajos y le animó a que publicará «aquí en América», pues como él decía «era donde debemos exponer nuestros criterios en relación con el Nuevo Mundo, puesto que si ciertamente es historia nuestra lo es también de ellos, ya que se refiere a la tierra en que viven, unido a que daremos otro punto de vista del anglosajón —nuestro enemigo tradicional en América— que es el que impera en este lado del Mundo». Giménez Fernández siguió su consejo y el primer trabajo impreso en América («El alzamiento de Fernando Cortés según las cuentas de la Casa de Contratación») fue dedicado «Al insigne maestro Rafael Altamira con admiración y respeto» (25).

De Holanda recordaba a algunos de sus compañeros en la magistratura del tribunal Internacional, pero en especial a uno de los Secretarios que era español, cuyo nombre desafortunadamente no recuerdo, al que tenía gran cariño y siempre se refería a él con admiración por su labor en la Corte, y con agradecimiento por la colaboración que le había prestado hasta el último momento de su estancia en La Haya. Debí dejarse papeles y libros allí ya que en ciertas ocasiones, cuando necesitaba un dato se le escapaba un «caray» para añadir a continuación «esto debe estar entre mis cosas de Holanda».

De su casa en España nunca le oí hablar: desconozco la razón pero era como si no hubiera existido.

Trabajó en aquellos años con la intensidad de un hombre joven dando cursos, como hemos dicho, en la Facultad de Derecho y en el Colegio de México («Proceso histórico de la historiografía humana») (26), conferencias, colaboraciones para México, Cuba, Argentina, Costa Rica, Guatemala... y trató de revisar su **Historia de España y de la civilización española** (en 4 volúmenes) que originalmente se publicó en el último año del siglo pasado y que se había reeditado por tres veces más (la postrera en 1928-29) «corregida y aumentada». El editor Sucesores de Juan Gili, parientes de Helena, mi mujer quería sa-

(23) *Guía de personas que cultivan la Historia de América*. México, Comisión de Historia del I.P.G.H., 1951. p. 249.

(24) Desconozco el por qué de la omisión de sus datos en la *Guía* citada anteriormente. Don Rafael habla de él en varias de sus publicaciones elogiando su obra.

(25) *Revista de Historia de América*. núm. 31. Junio de 1951. pp. 1-58. En este mismo número se daba la noticia de la muerte de D. Rafael.

(26) México, 1948.

car una nueva edición, pero se encontraban con la dificultad de la censura. En ocasión del primer viaje que ella hizo a España (1948) Don Rafel le pidió, que gestionara la cesión de los derechos, a fin de imprimirla en México, naturalmente con la compensación económica del caso, pero ellos no lo aceptaron pues querían seguir editándolo mientras existiera la editorial, en las condiciones que Don Rafael pusiera. La aparición del **Manual** de Buenos Aires y en Princeton, ya que las autoridades españolas no lo permitieron, y la atención a otros trabajos le hizo dejar para más adelante su proyecto aunque escribió un número no pequeño de páginas con modificaciones y adiciones ya que quería llegar a nuestros días.

La bibliografía de su obra, junto con una pequeña biografía, fue recogida por la Editorial Mediterrani de México (1946 y 1948) (27).

Su aspecto físico impresionaba a la gente, pues era el de un anciano «hermoso» que no obstante su edad nunca se encorvó, todo lo contrario siempre estaba erguido, derecho; era elegante y cuidaba de su atavío tanto en la casa como cuando salía a la calle. Conservaba cierta «coquetería», pues recuerdo que su peluquero — que era también el mío y que más tarde lo fue del Presidente de México, López Mateos — el señor Papiol, típico anarquista catalán, serio, puntual, lector infatigable, y de pocas palabras, me contó, que para arreglar la barba blanca de Don Rafael le hacía usar un paño negro. Los retratos tanto de fotografía como en pintura (un óleo por el español Luna, se conserva en la «Galería de historiadores de América» junto con el de Fray Bernardino Sahagún, de la Comisión de Historia del I.P.G.H.), así como el busto que le esculpió el valenciano Alfredo Justo, muestran una figura digna de gran señor.

Don Rafael era un hombre sano y fuerte hasta uno o dos meses antes de su muerte, en que se enfermó, no recuerdo de que mal que me contó su yerno, el Dr. Acosta. Perdió el interés de vivir, permaneciendo silencioso la mayor parte del tiempo y cuando hablaba era para remontarse a sus años de infancia. Su fallecimiento por esperado no fue menos triste, llenando de gran pesar a toda la colonia española del exilio y aun a la «antigua» (la de los emigrantes). La funeraria en que se veló al cadáver se vió continuamente repleta de gente, que según la costumbre mexicana se turnaba de seis en seis para montar guardia al féretro. La noche en que nos quedamos en la capilla ardiente una de las hijas y su marido (la otra acompañaba a Doña Pilar en la casa), los nietos y yo se nos hizo eterna.

(27) Era el texto, como se dice en la «Advertencia Preliminar» que apareció en el volumen Homenaje que se publicó en 1936 con «algunas adiciones a aquel texto que así lo requería» (México, 1946). *Apéndice* «Adiciones de obras escritas... a la bibliografía publicada en México, 1946» México, Ediciones Mediterrani, 1948.

El entierro en el Panteón Español, era una caravana de coches y autobuses, al que asistieron no sólo, los que estaban unidos a él por razones de ocupación, universitarios o de aprendizaje, discípulos, sino gentes de todos los grupos sociales y políticos del exilio, pues veían en su desaparición el alejarse, y quién sabe si para siempre, la vuelta a España. Don Rafael era un símbolo de justicia y libertad que nadie podría reemplazar. Indalecio Prieto, no quiso asistir al acto de darle sepultura, se quedó en la puerta del Cementerio; al salir me acerqué a él quien agarrándome del brazo y con lágrimas en los ojos me dijo: «Con Altamira desaparece uno de los hombres que podría haber cambiado el rumbo de nuestra historia si hubiéramos aceptado la propuesta de Azaña de que fuera el Presidente de la República».